Al día siguiente la llevaron á bautizar, y su padre quiso que se le pusiera por nombre Consuelo.

Cuando la trajeron ya hecha cristiana, la cogió, la besó cién veces y dijo con el mayor entusiasmo á su madre:

—¡Qué bonita es!

—Pues mira—dijo la esposa con sencillez—tengo por cierto que las otras dos han de ser todavía más bonitas..... Y cuando vengan los chicos.....

El marido, muy mohino, entregó la niña á su madre, diciendo con amargura y despecho:

—En el Ministerio se hablaba hoy de un arreglo para hacer economías; si nos toca la china, podrás ir á arrojarla al pozo de Santa Casilda, para que sea uno más: la miseria repartida tocará á menos.

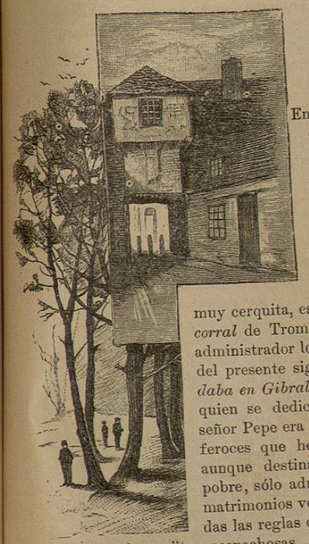
Y dirigiéndose á su despacho, iba diciendo:

—¿No querías sucesión? pues toma sucesión.

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.

CORRECCION MILAGROSA

CUENTO



I.

En la Cabeza de D. Pedro el Cruel había un zapatero que se llamaba Aguado. Es decir, no precisamente dentro de la cabeza del monarca, sino en el sitio que tal nombre lleva en Sevilla, ó sea en la calle del Candilejo y sus contornos. Allí cerca, muy cerquita, está la casa de vecindad ó *corral* de Tromperos, cuyo propietario y administrador lo era entonces, á mediados del presente siglo, el señor Pepe, que *andaba en Gibraltar*, como solía decirse de quien se dedicaba al contrabando. Este señor Pepe era uno de los moralistas más feroces que he conocido: en su corral, aunque destinado á viviendas de gente pobre, sólo admitía solteros ó viudos, ó matrimonios verdaderos y hechos con todas las reglas del arte canónico: nada de líos, ni parejitas sospechosas, ni otros gatuperios de los que tanto abundan en las más lujosas fondas de las grandes capitales. Y tan á punta de lanza llevaba su escrupulosidad en esto, que prefería tener algunas viviendas desalquiladas y no cobrar por ellas un ochavo, antes de ceder un ápice en lo que él apellidaba «la fama de los Tromperos». No pocos aspirantes á inquilinos salían echando venablos contra el señor Pepe, porque «les expurgaba el linaje, como si fuesen á emparentar con er mesmísimo emperaor Carlomagno», según palabras de un gitano algo *prestidigitador* á quien no quiso arrendar ningún aposento.

Pues en este corral vivía mi héroe con su legítima consorte, que si no era una santa, de seguro no le faltaban ni dos centímetros para serlo, por la paciencia y mansedumbre con que aguantaba los malos tratos de su marido. Pero no adelantemos los palos, y siga la narración con orden por sus trámites naturales.

El zapatero Aguado era natural de Madrid (él decía que de *Madriz*); y como todos los madrileños dedicados á oficio manual, desdeñaba el título de artesano y apellidábase *artista*, sin duda porque este nombre le parecía más bonito. No era hermano, ni primo, ni cuñado siquiera, de aquel famoso Aguado que tanta celebridad alcanzó en París y Londres tocando la guitarra como un ángel, si es que los ángeles tocan guitarras allá en el cielo; ni tampoco del otro insigne Aguado, gran maestro del *cante jondo*, que así *se arrancaba* por oles, playeras, polos, serranas, soledades, sevillanas y malagueñas, como apuraba la voz y sentimiento en la caña, verdadera madre y raíz de todos los cantares finos de la gente del bronce. A estar emparentado con ellos, algo tendría de artista, por afinidad; mas no estándolo, cerrábansele todas las trochas y callejuelas para salir de artesano y zapatero. Aun menos que lo de artista le cuadraba lo de Aguado, pues era del agua poco devoto, y menos todavía de la que el tabernero solía poner en el vino, que fué por muchos años su delicia, hasta que encontrándolo insípido y flojillo, tomó una resolución heroica y se entregó al aguardiente. Los primeros meses bebía poco, no por templanza, sino porque á los primeros tragos solía coger la mona y quedar inútil para seguir bebiendo; mas cuando llegó á tomarle el gusto de veras y á encallecerse el gaznate con el fogoso líquido, necesitaba una botella para empezar, y ya comenzadas las libaciones, hubiera tragado aguarrás sin hacer gestos, si se lo hubiesen dado.

Alto. Aquí suelto la pluma y enciendo un cigarrito. Mientras lo fumo, considero cuán propio sería de este lugar y qué fácil tarea enderezar á los lectores algunas reflexiones morales acerca de la naturaleza de los vicios y su funesta y siempre creciente influencia sobre los viciosos, hasta llevarlos por irresistible pendiente al fondo del abismo; con otros avisos tan profundos como nuevos, y tan nuevos como profundos. Y si añadía después aquello de «¿Adónde vas, desgraciado? ¡Detente, que te pierdes!», quizá algunos me

tuviesen por hombre *de buenas ideas* y hasta por piadoso moralista. Pero me empalagan y revientan los sermones intercalados como cuñas en los relatos, y así, prosigo mi cuento.

Desde que el zapatero se dió á empinar de firme el codo, ya en su pobre hogar no hubo amor, ni tranquilidad, ni siquiera tolerancia, y muchos días ni un triste y solo mendrugo de pan que llevar á la boca. Porque mientras Aguado se emborrachaba periódicamente los lunes, á fuer de miembro del gremio y cofradía de San Crispín, todavía el resto de la semana era consagrado á la labor, y sin levantar cabeza mi héroe ni soltar los trastos del oficio, echaba punteras, tapas, remiendos y medias suelas con primor notable, y hasta ejercía de obra prima fabricando para aguadores y carreteros zapatones como lanchas, guarnecidos de enormes clavos, muy semejantes á los que suelen adornar y reforzar las puertas de las iglesias. Pero cuando la embriaguez se hizo diaria ó cuasi diaria, no quedó tiempo ni humor para el trabajo, y sin trabajo no hubo dinero, y como el dinero le hacía grandísima falta, pues aun no se ha descubierto la manera de vivir sin comer, empezaron los viajes á las casas de empeños, hasta que la zapateril pareja se quedó más pelada que un perro chino. Lástima daba sólo el asomarse á su mezquino tugurio: las sillas, la cómoda, el espejillo, el arca, donde ya no había ropas que guardar, hasta la cama, todo había desaparecido en esos antros obscuros en que el logrero plebeyo extrae la última gota de sangre del menesteroso, como la araña la de la mosca enredada en su tela.

«Donde no hay harina todo es mohina», dice un refrán, y tiene muchísima razón. ¡Cuántos genios endiablados y hasta cuántas dolencias reputadas por gravísimas y mortales se curarían radicalmente con aplicarse al estómago una buena cataplasma de onzas de oro ó de billetes del Banco de España! No es inverosímil, pues, que la miseria agriase el carácter del pedestre artista, convirtiéndole de Aguado en avinado primero, y avinagrado después, y, finalmente, en una especie de fiera gruñidora y rabiosa, dispuesta siempre á pelearse hasta con su misma sombra. Mientras lavaba en la pila común del patio una muchacha del corral, que así se acordaba de mi héroe como de los mártires del Japón, tuvo la infeliz ocurrencia de entonar aquella copla de:

No lo quiero zapatero,
Que se le secan los muslos;
Vale más un arriero,
Que vaya y venga en su mulo.

Y no había concluído el último verso, cuando una horma, disparada con fuerza, pasó silbando ante los ojos de la cantora; y si la acierta en la cabeza, no vuelve á entonar más coplillas, á no ser en el otro mundo. Pero un hermano de la agraviada terció empuñando un soberbio garrote, y del primer boleo dió en tierra con el señor Aguado, y gracias á la mediación de los vecinos, aquí paró la reyerta. Otras veces, por si me miraste, ó tropezaste al pasar, ó tosiste con cierta malicia y retintín, el zapatero descargaba á granel una rociada de improperios y desvergüenzas sobre tirios y troyanos, quiero decir, sobre vecinas y vecinos, poniendo á éstos de bandidos y canallas, y á ellas obsequiándolas con las más amenas frases de su vocabulario de taberna. Concluían tales algaradas con encerrarse el insultador en su cuchitril huyendo de los ofendidos, y sacudir á su propia mujer, por vía de desahogo, una tremenda paliza. Maltratábala también aunque antes no hubiese reñido con nadie; y tomada ya la costumbre del bofetón y el varapalo, apenas pasaba día sin golpes del borracho y sin cardenales y lágrimas de su víctima y consorte la tía Juana.

—Este hombre ha de parar en presidio—decían unos al escuchar aquellas escenas conyugales.

—La horca es lo que merece—opinaban las hembras.

—Deberíamos arrimarle tal paliza, que no le quedasen ganas de martirizar á esa infeliz.

—Lo que debemos hacer es contarle estos escándalos al señor Pepe el casero en cuanto vuelva de Gibraltar, que ya no puede tardar mucho, para que plante á ese tuno en mitad del arroyo. El corral de Tromperos tiene tanta honra como el Palacio Real, y no está bien que por unos pierdan otros.

Tal fué la opinión de los más graves y sesudos varones de aquella asamblea, y la hubieran puesto en obra, y el señor Pepe, que no era nada blando de carácter y odiaba los escándalos, habría lanzado al matrimonio á la calle, sin las súplicas de la tía Juana para que los vecinos ocultasen al casero sus desventuras, pues decía la infeliz con más deseo que esperanza:

—Ya se enmendará mi hombre.

Con efecto, el diabólico zapatero cada semana y cada día era más borrachín y manilargo. Así se enmendaba. Seguía la víctima sufriendo, y los continuos escándalos molestando á los muchos vecinos del corral, uno de los más populosos de Sevilla.

Pero no hay mal que cien años dure, ni enfermo que pueda resistirlo. Todas las situaciones muy violentas son por lo mismo inestables y transitorias; y lo fueron también las hazañas del furibundo Aguado y los padecimientos de su esposa. Pasados algunos meses y cuando menos lo esperaban, vieron sus convecinos al zapatero no borracho, ni holgazán, ni deslenguado, sino muy sereno y silencioso machacando suela, hincando la lezna y tirando de los cabos para ganarse el pan: al día siguiente lo mismo, y toda la semana igual, y aun pasó el mes entero sin achisparse una sola vez, ni pegar á la tía Juana, ni separarse del tirapié y del banquillo.

Ante cambio tan súbito y maravilloso, del que no era posible dudar, pues lo estaban viendo, perdíanse los vecinos en conjeturas para averiguar su causa y origen: quién apelaba al milagro, quién al arrepentimiento nacido de la misma conciencia, quién sostenía que el tal Aguado estuvo siempre loco y que su conducta actual era sólo forma nueva y distinta de su locura; opinión que prevaleció al cabo por el motivo siguiente.

Regresó el señor Pepe de Gibraltar, y no con los bolsillos llenos de viento, sino de oro y plata bien acuñados, contantes y sonantes, y ganados á pulso, burlando á carabineros de mar y tierra, y suavizándolos otras veces con unto de Méjico; pues tanto el contrabandista como los del Resguardo sabían lo de

Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Para celebrar á un tiempo su llegada y el éxito feliz de sus especulaciones, convidó á varios de sus inquilinos á una

FINAL DE UNA SESIÓN.—Cuadro de Badmann.

juerga, donde hubo *menúo*, y arroz con pollos, y pajeles, y lenguados, y la mar de vino y el Guadalquivir de aguardiente. Comieron, cantaron, bailaron, se cruzaron ocurrencias originalísimas y réplicas estupendas; se tributó á Baco fervoroso culto y achispáronse todos, ó se pusieron á medios pelos, en ese estado de excitación beatífica en que las abuelas parecen jóvenes vestales y hasta los dedos de la mano se nos antojan huéspedes. Todos, sí, ellas y ellos bebieron como esponjas, con la única excepción del Sr. Aguado, quien tragó como un caimán, pero en lo tocante á la bebida, sólo tomó dos ó tres cañas de Sanlúcar y una pequeñísima copita de aguardiente. Por más que le porfiaron para que siguiese empinando el codo, mantúvose inflexible en su sobriedad, y á las repetidas instancias que le hacían, contestaba siempre con estas mismas palabras:

—No quiero cuestiones con los santos; y con las santas, menos todavía.

—Pero, ¿qué tiene que ver la Corte celestial con que un hombre beba una botella, ó dos, ó cuatro?

—Yo me entiendo, y repito que no quiero cuestiones con los santos; y con las santas..... menos todavía.

Y no salió de semejante canción, ni bebió una sola gota más de lo que se había propuesto.

Los comensales mirábanse unos á otros con extrañeza. ¿Estará loco el pobre zapatero? ¿Querrá guasearse con nosotros? ¿Se le habrá perturbado la mollera con lo poco que ha bebido? Esto pensaban de Aguado, mirándole con lástima; pero su mujer y ex víctima la tía Juana, que se hallaba presente al jolgorio, no mostraba poca ni mucha inquietud; al contrario, sonreía como una bienaventurada.

II.

Como los orígenes del Egipto, Grecia y Roma, la primitiva época del insigne corral de Tromperos se obscurece y pierde en la sombra de los pasados siglos. Durante el XV y gran parte del XVI dió nombre á la calle en que estaba situado, hasta que á D. Alonso Fajardo, obispo de Esquilache, se le antojó destinar una gran casa suya para fundación de un convento de monjas, dedicado á las santas vírgenes, patronas de la ciudad, Justa y Rufina. Los vecinos del barrio apellidaron el nuevo monasterio *de las Vírgenes*, y también así vino á llamarse la calle. El convento, aunque protegido por sus no escasas rentas, por la idea religiosa y los prelados de Sevilla, acabó en Mayo de 1837; pero el corral, sin protección ni amparo alguno, siguió viviendo y todavía vive tan populoso y rozagante.

En él habitaban, por el tiempo de mi historia, dos hermanas que podrían compararse á dos soberbias palmeras, á dos perlas orientales, y, en suma, á dos cosas de mérito, por lo arrogantes y guapas, si no lo recuerdo mal, pues era yo entónces muy mozuelo. Sus vecinos, al verlas tan hermosas y de gallardas proporciones esculturales, bautizáronlas con el apodo de las *estautas* ó estatuas, y así eran conocidas. La mayor de ellas estaba medio casada; y digo *medio*, porque su marido era timonel de un místico y andaba la mitad ó más del año dando tumbos por los mares; y mientras aguardaba á su errante Ulises, trabajaba esta Penélope de cigarrera en la Real Fábrica de Tabacos. Quizá desde que el armenio Juan Bautista Carrafa empezó en Sevilla á elaborar las aromáticas hojas de Cuba en 1620, habrían existido pocas, muy pocas cigarreras de igual pelaje y semejantes bríos. Su hermana era moza y costurera, y ambas *estautas* vivían juntas en sana paz, con desahogo y cierta abundancia relativa. Eran alegres sin liviandad, y económicas sin miseria. Como buenas vecinas, ayudaron y socorrieron no pocas veces á la tía Juana, compadeciéndola tanto como aborrecían y menospreciaban al borrachón del zapatero, que no contento con gastar lo necesario para el pan en ponerse el estómago hecho una cantimplora de aguardiente, todavía el muy condenado agravaba su mala conducta con la ruindad de pegar á su mujer antes de tenderse á dormir la mona. Mientras duraba el vapuleo, no se defendía la víctima por miedo de irritar y enfurecer á su verdugo, y que éste pudiera tirar de la *pluma* (navaja) ó empuñar alguna chaveta del oficio y despanzurrarla y abrirla en canal, echándola fuera las asaduras y mondongos.

Pero si no se defendía con las manos, tenía suelta la lengua y vigorosos pulmones, gracias á Dios, y su voz resonaba como un clarín, y es fama que algunos de sus alaridos se oyeron en la Alfalfa, en la Casa de las Águilas y hasta en la de Pilatos. ¡Lástima grande que con órgano tan sonoro no se hubiese dedicado á la ópera italiana! Así, por falta de cultivo, las mejores aptitudes suelen quedar estériles y perdidas para el mundo.

Claro es que oyéndose á medio kilómetro los gritos de la paciente, mucho mejor se oirían de cerca, y como las referidas *estautas* eran de carne y hueso y nada sordas, no dejaban de percibir ni un golpe, ni un quejido. Indignábanse de veras las varoniles hermanas de tan inmotivados castigos, y más de una vez estuvieron á punto de intervenir, como parte activa, en las conyugales reyertas, administrando al flacucho y enclenque zapatero tal paliza, que no le quedasen humor ni ganas de armar nuevos escándalos. Pero conteníanse por temor al *qué dirán*, tan poderoso en las casas habitadas de muchos vecinos. Con todo, es grave cosa que en el cerebro penetre una idea, y la voluntad la acaricie, y á menudo la memoria nos la presente. Porque entonces de seguro, si no es un día, vendrá otro en que la realicemos, siquiera para vernos libres de su obsesión continua, más inaguantable y pesada que pegajosa mosca en fines de verano. Hombre hubo en quien la idea del suicidio estuvo labrando y ahondando meses y años enteros, hasta acabar por arrojarse de una torre ó dispararse un pistoletazo. Y las *estautas* habían concebido y acariciado el saludable propósito de arrimarle un buen jabón al desalmado zapatero.

Cierta noche velaban en su salita sentadas á la copa (brasero), y repasando algunos trapitos, mientras en los largos corredores y el anchuroso patio próximo caía la lluvia con fuerza. Hablaban de sus cosas y recordaban al ausente marido, que en noches semejantes de viento y agua vería caer los rayos y centellas y hervir las olas del mar siempre agarrado á la caña del timón, y siempre menospreciando los peligros para ganar un pedazo de pan y retirarse á comerlo con su familia; pero interrumpió tales pláticas la tía Juana.

Entró con pie silencioso, los ojos encendidos como de haber llorado, y se sentó en un rincón sin decir palabra, aunque su aspecto abatido y la expresión de su rostro manifestaban claramente sus pesares.

—Gracias á Dios, tía Juana, que al cabo de nueve ó diez días la vemos por aquí—dijo la cigarrera.—Pero trae usted una cara, que sólo de verla dan ganas de llorar. ¿Qué ha pasado? ¿Sigue lo mismo ese hombre?

Por toda contestación la tía Juana alzó las mangas de su pobre vestidillo, mostrando los brazos morenos y delgados como dos palitroques, y llenos de cardenales y contusiones. Conocíase que le habían servido de escudo y defensa contra los golpes del borracho. Al mismo tiempo se echó á llorar con el mayor desconsuelo. Sus vecinas se indignaron, y la mayor de ambas hermanas exclamó no sin dureza:

—De todo eso tiene la culpa el tunante, y usted la tiene también.

—¿Yo? ¿yo? Muchas gracias, vecina; muchas gracias por el consuelo. Pues ¿qué quiere usted que haga? En todo le obedezco y le llevo la corriente. Si no hay que comer, lo busco fiado; si empeña nuestras últimas ropas y hasta los colchones, yo callada como una muerta; si después de maltratarme cae como un tronco y duerme diez horas seguidas, no intento vengarme y le guardo el sueño; trabajo hasta reventar, y no hubiera comido muchos días sin la caridad de ustedes y de otras buenas personas..... en fin, ¿qué queréis que haga? ¿Que me vuelva loca, ó me tire de cabeza por un barranco?

Y la infeliz mujer volvió á sus lágrimas y suspiros.

—Tía Juana—contestó pausadamente la hermosa cigarrera—ni mi hermana ni yo, ni nadie en el mundo queremos que se le vuelva el juicio, ni se tire á ninguna parte, ni haga nada contrario de lo que es regular y justo. Lo que sí deseamos todos cuantos la conocemos y sentimos sus pesares y la mala vida que lleva, es que esos pesares concluyan, y esa vida cambie, y su marido se enmiende; y en vez de manejar el palo, maneje las herramientas de su oficio para ganar de comer. Creo que esto no es pedir ninguna injusticia, ni tampoco ningún imposible.

—Injusticia, claro está que no; pero imposible sí lo es, y de los más grandes. Si ustedes supieran las partes de rosarios que llevo rezadas, y rosarios enteros á todos los ángeles y arcángeles, santos y santas del Paraíso, para que á mi hombre se le mude el corazón..... se asombrarían ustedes..... y consigo mucho, porque de cada día es más devoto del aguardiente, y más aficionado á pegar que un maestro de escuela.

Ambas hermanas se miraron de acuerdo, con imperceptible sonrisa, y la menor, que hasta entonces no había terciado en el coloquio, dijo dulcemente:

—Vamos, vamos, tía Juana: el remedio no está en rezar mucho, sino en elegir buen patrono y saber á quién se reza. Lo que un santo no hace, quizá pueda y quiera hacerlo otro. ¿Quién lo duda? Además, que cada cuál sirve para su cosa. ¿No están ahí San Roque para las llagas y la peste, Santa Lucía para los ojos, San Blas para las enfermedades de la garganta, Santa Polonia para los dolores de muelas, y otros muchísimos que he oído ponderar y de que ahora no me acuerdo? Pues las benditas y santas hermanas Justa y Rufina tienen la virtud de arreglar matrimonios desavenidos y dejarlos tranquilos y en paz, como una balsa de aceite. Díganos la verdad. ¿Se ha encomendado á ellas?

—No, hijas mías: por lo menos yo no recuerdo ahora.....

—Entonces no hay que hablar: ya pareció la falta. Y sepa usted que si las benditas hermanas son patronas de Sevilla, lo son más todavía de los vecinos de esta calle, que lleva su nombre, y donde tuvieron su iglesia hasta hace trece ó catorce años, pues yo la conocí siendo muy niña. Conque, tía Juana, déjese de lloriqueos y tenga confianza. Cuando su marido se achispe y quiera maltratarla, no rece á los arcángeles ni á los niños del Limbo, que ya está visto que no dan juego, sino llame á las benditas hermanas Justa y Rufina, y ellas la favorecerán y sacarán de apuros.

—Así lo haré—dijo la mujer del zapatero sólo por decir algo, pues no tenía la menor fe en las intervenciones milagrosas.

Después cenó en compañía de las *estautas* y se retiró á su tugurio.

Entre tanto, el benemérito Sr. Aguado seguía desacreditando su apellido, más borracho hoy que ayer, y disponiéndose á serlo mañana más todavía, si es que en lo perfecto y absoluto cabe progresión alguna. Lo que no admite explicación es cómo sostenía el vicio de la embriaguez, sin recursos para pagarlo. ¿Le daban de balde la bebida? No es creible. ¿Se la fiaban? No es probable. ¿Le convidaban los amigos? El pobre suele no tenerlos. Sin embargo de todos estos razonamientos lógicos, mi héroe seguía bebiendo, y el líquido ardoroso produciendo sus resultados naturales, á saber: perturbación del juicio, y pescozones y puntapiés y aun garrotazos á la tía Juana, con cuyo brutal tratamiento iba haciéndosele muy difícil y penosa la vida á la infeliz zapatera.

Llegando días y pasando días, no fué ya difícil y penosa, sino imposible del todo, á no tener cuerpo de bronce y vocación de mártir. Porque los golpes, sobre más frecuentes, eran de cada vez más duros y espesos como granizo y capaces de dejar señales en la piel de un buey. Acompañaban el vapuleo á manera de salmodia los improperios y amenazas, tal como en la ópera la música y la letra se conciertan y ligan, apoyándose mutuamente para producir mayor efecto.

Lamentábase la zapatera de su desventurada suerte con sus vecinas *las estautas*, quienes le contestaban.

—Oiga usted, tía Juana, por más que diga y se queje, á nosotras se nos figura que á usted le gusta la leña, y hasta se relame y se chupa los dedos de júbilo cuando le atizan, porque de otra manera.....

—¿Qué me ha de gustar, si tengo esta paletilla que me echa fuego? Y tampoco me gusta que salgan ustedes por ese registro. ¿Soy yo alguna bestia? Pues ni á las bestias les parece bien que las aporreen y maltraten, y mucho menos á los cristianos.

—Pues entonces, tonta y retonta, ¿por qué lo sufre usted un día y otro, teniendo en sus propias manos el remedio? ¿Por qué no llama á las benditas hermanas Justa y Rufina para que la favorezcan y socorran?

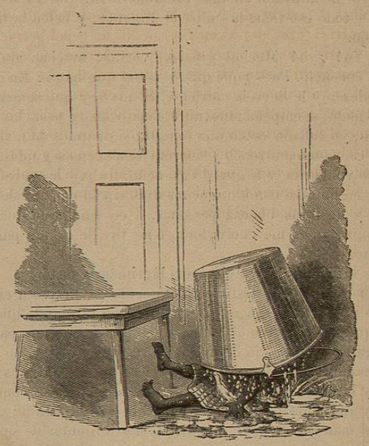
—Porque estas santas serán como las demás y como los santos, que ya estoy cansada de pedirles y suplicarles y encomendarme á ellos; y si no son sordos, tanto valen para el caso, según el poquísimo ó ninguno que hacen de mis ora-

ciones ni de mis lágrimas. Bien dice el refrán castellano: «Fíate de la Virgen y no corras», y además....

—Tía Juana, no hable picardías, tenga fe y acuérdese de las santas: ya hace lo menos dos meses desde que se lo dijimos, y desde entonces podrían haberse acabado las borracheras y las palizas, y ya estaríais viviendo en paz como los ángeles.

Pensativa quedó la tía Juana escuchando tales afirmaciones. La inutilidad de sus anteriores plegarias y rezos, aunque dictados por la más sana fe religiosa y nacidos del corazón, sirvió para socavar los cimientos de su confianza en los intercesores celestiales, infundiéndola cierta levadura desdigios. ¿Acaso, con el fin de engañarla á ella, pobre y desconocida, estaría de antemano confabulada tanta gente? Sólo el imaginarlo era absurdo. Mas, en caso favorable, ¿qué harían las santas? ¿Tocar y mudar el corazón del zapatero? ¿Lanzarle un rayo y convertirle en ceniza? La bondadosa tía Juana, aunque justamente resentida, no deseaba esto ahora, ni lo deseó nunca. Hubiéransele aplicado con acierto estas divinas palabras: «No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.»

Como no estaba acostumbrada á reflexionar tanto y en materias tan profundas, estas cavilaciones sólo la produjeron un dolor de cabeza algo más que mediano y un pertinaz



creída y espíritu volteriano, sin necesidad de haber conocido á Voltaire, ni leído sus excomulgadas obras. El refrán de «Fíate de la Virgen» expresaba el estado de su ánimo. Pero, por otra parte, la insistencia de la cigarrera y la costurera, la seguridad y aplomo con que repetían sus afirmaciones y el natural deseo de que el Sr. Aguado se enmendase, labraban el cerebro de la atribulada mujer, llenándolo de dudas y confusiones. ¿Sería verdad? ¿Podrían las benditas santas, alfareras y mártires, lograr la corrección ó conversión del zapatero? Y ¿por qué no habían de poder? ¿Acaso ella misma por sus propios ojos no veía todas las tardes, al pasar de la calle de Alcuceros á la plaza del Salvador, la capilla de los Desamparados llena hasta el mismo techo de ex-votos de cera, ojos, cabezas, manos, brazos y piernas, en perenne memoria de milagrosas curaciones? ¿Y aquellos cuadros puestos allí también para perpetuar otras semejantes maravillas? Y cuenta que de los cuadros de lienzo y figuras de cera podían, de seguro, cargar carros enteros, pues eran muchos miles, y esto, en buena lógica, suponía muchos miles de personas que los habían llevado para atestiguar estupendos proinsonnio. Los primeros ratos que logró dormir tuvo sueños estrambóticos y fatigosas pesadillas. Imaginábase ya que las santas con un descomunal machete abrían en canal de arriba abajo al zapatero, le sacaban el corazón, y en un gran lebrillo de lavar le daban una jabonadura, dejándolo limpio como el oro y volviendo á colocarlo en su sitio: ya que lanzaban rayos sobre el corral de Tromperos y lo reducían á menudo polvo, pereciendo en la catástrofe hasta las chinches: ya, por último, que en figura de gigantas y con sus respectivos pucheros, semejantes á tinajas manchegas, metían en uno de ellos al Sr. Aguado en la agradable compañía de culebrones, víboras y lagartos de seis ó siete colas. Finalmente, soñó tantas y tan disparatadas cosas, que al despertar era su cabeza algo así como una jaula de grillos.

Cierto día, ó hablando con exactitud, cierta noche, volvió á sus domésticos lares el tuno del zapatero más bebido y peor humorado que nunca. No faltaron reconvenciones, gritos, improperios ni amenazas. Y para corona y remate de la función, cogió la vara y empezó un recorrido sobre el pellejo de su costilla y consorte y adjunta persona, que al

principio sufrió resignadamente tales caricias; pero no las pudo resistir luego, y prorrumpió clamando con desaforadas voces:

—¡Padre mío! ¡Jesús Nazareno! ¡Bienaventuradas santas Justa y Rufina!

Y el vapuleo continuaba como si tal cosa.

—Pero ¿no habrá quien me socorra? ¡Oh santas hermanas Justa y Rufina!

Esta vez no habló con sordos. Aunque la puerta del tugurio estaba cerrada, se abrió de un violento golpe que hizo saltar el pestillo, y de súbito aparecieron altas, magníficas, con sus tocas azules y blancos vestidos, tal como pintores y escultores las representan, las dos jóvenes hermanas, patronas de Sevilla. El zapatero quedóse atónito y estupefacto, y la propia víctima desconoció un momento á las *estautas*, sus vecinas y favorecedoras. De la primer bofetada, la vigorosa cigarrera hizo dar vuelta y media al cruel borracho, dejándole tres ó cuatro muelas columpiándose como campanillas; y su gentil hermana, que tampoco era manca, recogió del suelo la vara de acebuche y sacudió con ella diez ó doce palos al machacasuelas, que de la chaqueta le salía humo, hasta que al fin, derrengado, sin sentido y sin aliento, cayó como inerte masa en un rincón, mientras su esposa y víctima, comprendiendo la farsa, pero algo asustada por la violencia de los golpes y temiendo quedarse viuda, gritaba con el eco y resonancia de una trompeta:

—¡Basta ya, benditas vírgenes! ¡Perdón! ¡No volverá á pegarme! ¡No se emborrachará nunca! ¡Piedad, Justa y Rufina!

Y tuvieron piedad y se fueron.

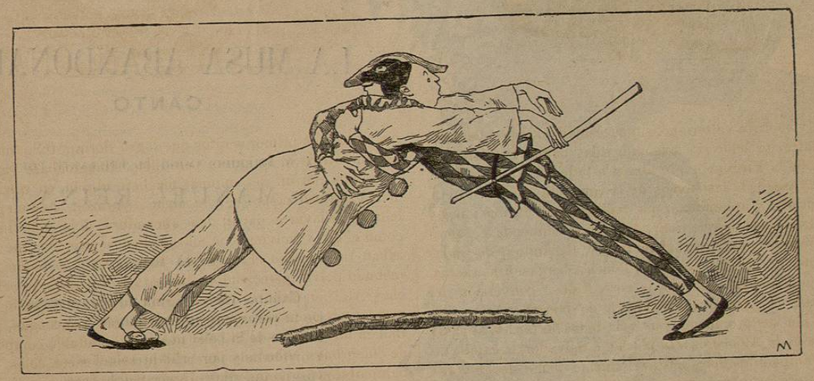
. . . . . .

Después de dormir la mona, se levantó al otro día mi héroe ya despejado, pero con el cuerpo molido y contuso: lavóse en un barreño de agua fresca, y los verdugones y cardenales de que vió adornada su piel, y las medio desquiciadas muelas, le convencieron *ad hominem* de que la aparición de las santas y la fenomenal paliza que le arrimaron no eran cosas de sueño y fantasía, sino de pura verdad y dolorosa experiencia. Se vistió sin decir esta boca es mía, y se puso al trabajo hasta la hora de comer. Su víctima estaba maravillada.

Cuando se acomodaron frente al puchero, el Aguado miró con amor á la tía Juana y la besó cariñoso, exclamando:

—Eres de lo más bueno que hay en el mundo, y yo soy un infame. Gracias, mujercita mía, muchas gracias, un millón ó dos millones de gracias.

—Pero, hombre, esas gracias..... ¿á qué vienen?

—¿A qué vienen? ¡Friolera! A que sólo llamaste á las benditas santas Justa y Rufina; que si por casualidad se te ocurre llamar á las once mil vírgenes, de fijo me revientan.

NARCISO CAMPILLO.